

DIARIO DE MALLORCA

27 de febrero de 2004

Cartas al Director

Asociación de Antiguos Alumnos de Montesión y su objeto

Guillem Mudoy, antiguo alumno de Montesión. Palma

Por las aulas de Montesión pasaron Albert Saoner, Andrés Ferret, Félix Pons, Francesc de Borja Moll y Gabriel Cañellas. Cito sus nombres -de entre los aproximadamente ocho mil alumnos y un sinnúmero de profesores jesuitas y laicos, que desde 1.940 han pasado por las aulas del Colegio- por ser conocidos ciudadanos de nuestra comunidad cuya posición ideológica, en el abanico de los lugares posibles donde estar, es fácilmente identificable.

Los ex alumnos, algunos más antiguos que otros, tenemos un origen común en la educación Ignaciana del Colegio de Montesión; pero las trayectorias vitales individuales, como no podría ser de otro modo, divergieron hasta conformar un colectivo plural en lo profesional, en lo político y en lo religioso. A este colectivo tiene que atender la Asociación de Antiguos Alumnos de Montesión y no a una parte de él. Esto significa, claramente, que no debe ponerse al servicio de ninguna Iglesia ni de ningún partido, disintiendo de lo que propugnaba, legítima pero erróneamente, Norberto Alcover, amigo jesuita, en su artículo del día 19 publicado en DIARIO de MALLORCA. Antes bien, debe propiciar la coincidencia en la acción desde la confluencia de la diversidad, rica y productiva, de los matices -sean estos confesionales o agnósticos- de sus miembros. Aquí hallará la Asociación su excelencia. Y este es su desafío y a la vez su límite.

La Asociación de Antiguos Alumnos de Montesión no debe ser una ONG. Para esto están las ONG. No debe ser un partido. Para esto están los partidos. Debe ser, es, independiente de la Compañía de Jesús sin poner en peligro los naturales vínculos amorosos que la unen a ella; aunque pueda brindarle un apoyo crítico que únicamente será posible precisamente desde esta independencia.

Debería poder justificar su existencia en la constitución de un campo de actividades donde sea factible el encuentro, el diálogo y el soporte a iniciativas -materiales y espirituales- de desarrollo de la convivencia. La emergencia de este campo, en sí misma, ya sería un logro en esta época de ostentación escatológica, crispación, malos modos y desublimación. Y en esto está, según creo.